

mucho el Cardenal Juan de San Pablo, que fuè el que en tiempo de Inocencio, en presencia del Consistorio, perorò à favor de la pobreza, que prescribe la Regla, lo hizo de pura benevolencia, y no por autoridad de la Silla Apostolica.

Fuè, pues, Hugolino Primero, sin segundo, Protector en el agrado, y benignidad, con que se portò con la Orden. Fuè vn Sol clarissimo, que descubriò su hermosura oculta, y casi escondida, yà en el abismo de confusion, en que la iban sepultando las negras sombras de la embidia. No se valió este Principe de los imperiosos ceños de la potestad para su gobierno, sino de las dulçuras de el agrado, logrando realces à su autoridad por benigno. Cortò con la fuerça de su poder los buelos à la emulacion, para que libres los Religiosos de injustas vejaciones pudiesen comunicar al mundo las luzes de su exemplo, y enseñanza: Tengo por inescusable el traducir aqui las formales clausulas, que en la leyenda antigua de Tomàs Celano, describen las heroycas prendas, y relevantes calidades, que ilustraron à este gran Prelado, y le merecieron el apice supremo de las Dignidades de la Iglesia en la Tiara. Dize, pues, assi: Hugolino, pues, como siervo prudente, y fiel, teniendo la Superintendencia de la Familia del Señor, cuydaba por todos los modos posibles, dar en tiempo oportuno à sus encomendados manjar de vida eterna. Era su principal sollicitud plantar, y propagar en todas partes la Religion, y en las mas remotas Regiones, dilatar la gloriosa fama de su Apostolica vida, y santo Instituto. Arriamayase à su abrigo el Santo Padre Francisco, como el regalado hijuelo, à su cariñosa madre, y seguro defensor, cansaba en el seno de su clemencia. Era en la verdad Pastor verdadero

, de esta nueva grey, cumpliendo con los buenos oficios de Pastor; pero dexavale al Santo, que se gloriasse con esse nombre, y cuydando este de toda la provision para las necesidades, y gobierno; aquel prodigo Señor cuydaba de que tuviesen estos cuydados felizes efectos. Era muy eloquente, y erudito, y con las eficacias de su eloquencia, abogaba por sus Hijos, y confundia à sus contrarios, que con cabilosas, y sofisticas apariencias de razon condenaban su Instituto, procurando arrancar de rayz esta escogida Viña, ocultando, y desluciendo los primeros purissimos frutos, que avia dado à la Iglesia. Muriò toda la contradiccion al cuchillo de la erudicion de este gran Maestro, y se desvaneciò, y deshizo como el humo; porque como yà se dixo, era vn río caudaloso de eloquencia, con la qual à los que erraban metia en camino, à los difucolos pacificaba, y à los que hallaba vnidos, y amigos de la paz; los estrechaba cò vinculo de caridad mas apretado. Conformavase mucho cò las costumbres de los Frayles, y con deseos de mayor perfeccion, era simple con los simples, humilde con los humildes, con los pobres, pobre, era Frayle entre los Frayles, y entre los Menores, Minimo; y como si fuesse vn Religioso particular, ponía estudio en imitar sus estilos, y todo quanto era licito, y permitia la decencia de su dignidad, tanto hazia para humillarfe. Era en la Iglesia de Dios vna antorcha ardiente, y luminosa; era vna saeta escogida, y puesta à tiro, y aparejada para el tiempo oportuno de la tribulacion. O quantas vezes desnudando la preciosa purpura, vestido de viles vestiduras, y los pies descalços, andaba como vno de los pobres Frayles, rogando, y solicitando confederaciones de paz.

Esto

, Esto hazia; en esto se ocupaba este Varon grande, no solo quando Cardenal; y Protector de la Orden, sino quando despues, por providencia del Altissimo, fuè sublimado al Sumo Pontificado. Hasta aqui Tomàs Celano.

Con estas noticias concuerdan las que se hallan en dos libros manuscritos, que estàn en la Vaticana; el vno de Cencio Camerario de Censibus Ecclesie. El otro, Registrum Nicolai de Aragonia, Cardinalis; del qual nuestro Annalista hallò vn traslado en la Libreria del Eminentissimo Cardenal Scipion Cebellucio; en los quales libros se habla vniformemente de las grandes virtudes, y superiores prendas de este gran Prelado, y en todos se encarece el excesivo amor, y diligente desvelo, con que atendió à la Religion Serafica, de quien fuè amantissimo Padre, y vigilante Pastor; viòse esta verdad, en que en quanto le daban lugar los cuydados, y forçosas ocupaciones de la Curia, se ocupaba en beneficio de la Orden. Asistia à las Juntas, y Capitulos, y saliendo à recibirle los Religiosos en Procession, dexaba la carroça, y los acompañaba à pie con grande humanidad. En las solemnes funciones Capitulares, dezia la Missa cantada, y elegia para su Diacono al Glorioso San Francisco. Predicaba al Pueblo en alabanza de su Apostolico Instituto, y excitaba con fervoroso zelo à los Frayles à su mas rigida observancia. Al Santo Fundador amaba mucho, y le trataba con grande estimacion, por el gran conceptò que tenia de su heroyca santidad. Miravale como à hombre baxado de el Cielo, para reparacion de las ruynas, que ocasionò la culpa; solia dezir muchas vezes, que era tanta la alegria, que ocupaba su coraçon en viendo à Francisco, que no quedaba lugar à la tristeza, y tur-

bacion, que ocasionaban la molestia, y peso de los negocios. Solo con mirarle, se serenaba la inquietud de su animo, y solo de oirle se deshazian los nublados de confusion, que ofuscaban la luz de su entendimiento.

A este passo amaba Francisco al Cardenal, como à Padre, y Maestro, pero con tal encogimiento, que tal vez se lo reñia el Cardenal como estraneza. Sucediòle vn dia, estando en el Convento, que se llama la Carcel, distante de Alsis vna legua, le vino à buscar el Protector para desahogarse con el, y aliviar la molesta pesadumbre de sus cuydados. Dieron aviso al Santo, y de confusion, y humildad se escondió, y saliò fugitivo al Monte, vergonçoso de que le visitasse, y buscasse para este fin personage de tanta supoficion. Supo el Cardenal este retiro, y sintiòse del, y mandò, que en todo caso se le buscassen. Hallaronle, y puesto en su presencia el Venerable Prelado, disimulando su sentimiento, le preguntò con amigabilidad, que porque se avia escondido, y se mostraba vnaño, con quien le amaba afectuoso? El Santo entonces bañado el rostro en vergonçosa modestia, dixo: Señor mio, luego que oí, que vuestra Eminencia hazia el exceso de visitar à este vil gusano, fuè mi confusion tanta, que me retirè de corrido. Replicò Hugolino; poca razon tienes de estrañarte conmigo; dexa esse encogimiento, y sufre la mortificacion por mi consuelo. Aumentavase en el Santo la reverencia, y respectò, con la noticia que tenia por revelacion divina, de que avia de ser Sumo Pontifice, y assi solia sobreescribirle las cartas en esta forma: Al Reverendissimo Padre, y Señor Hugolino, Obispo de todo el mundo, y Padre Vniversal futuro de las gentes.

\*\*\*

CA-



## CAPITULO LXV.

*La fundacion de quatro Conventos  
en el Valle de Reate, con raros,  
y maravillosos su-  
cessos.*

**C**ompuestas todas las cosas en Roma tan à satisfacion, se despidiò el Santo del Cardenal Protector, con letras de recomendacion à los Prelados Eclesiasticos, para que defendiessen su causa, y ayudasen con buenos oficios la promocion de vn Instituto tan exemplar, y provechoso, para la comun edificacion de los Fieles, instruccion de los Pueblos, y reforma de las costumbres, y para que por ellas supiessen la mucha estimacion que de el hazia la Silla Apostolica, señalando para su escudo, y tutela vno de sus Principes, con cuya autoridad, y poder se atajassen las vejaciones de la emulacion.

*Año de  
1217.*

Dirigiò su viage à Afsis, pero se detuvo algunos dias en el Valle de Reate, à quien los Cosmografos llaman el Ombligo de Italia, porque la divide en dos iguales mitades. Sò en este Valle frequentes, y memorables los vestigios de nuestro Santo, afiançados para la duracion en muchos milagros suyos. Este año, que fuè el de 1217, empeçò à fundar quatro Conventos, sitos en quatro collados, que forman vna Cruz. El primero, à cuya fabrica afsistió el Santo, està no lexos de vna Villa llamada Grechia: en este lugar predicò con admirables frutos: de lo qual movidos algunos de sus moradores timoratos, le rogaron se detuvièssè, porque convenia mucho para evitar, y desarraygar algunos abusos, que avia introducido la relaxacion, y la malicia, que necesitaban de remedio, porque se executaban con tal des-

caro, y libertad, que eran intolerables escandalos. Para obligarle, le edificaron vn Convento, que mas bien llamarèmos rustica cabaña, en la eminencia de vn collado, entre dos copados robles, que le sirviessen de abrigo, y defensa à la inclemencia de los temporales. Allí sentò su habitacion, y baxaba à predicar à las vezinas poblaciones. Vn dia bolviendo à su retiro, encontrò à vn rustico, que llevaba en los brazos à vn niño, y rogòle, que le hiziesse compania, hasta llegar à su Convento, porque en la intrincada maleza de aquellos Montes avia perdido el camino. Escusòse el rustico, diciendo, que le acompañara de buena gana à no ser tantos, y tan feroces los lobos que avia en aquel parage, de cuyos destrozos avia lastimosos escarmientos. No temas, replicò el Santo, que yo te doy palabra, que no se atrevan à ofendernos los lobos. Creyò piadoso el rustico la promessa, y hallò en las experiencias el premio de su buena fè, y el pago de su piedad. Salieron los lobos en cantidad, pero tan mansos, y tratables, que no se viò en ellos, ni leve amago de fiereza. Confirmòse mucho mas à la buelta para su casa, porque aviendo yà cerrado la noche, quando es mas atrevida la malicia de esta fiera, se le arrimaron dos de terrible grandeza, y recurriendo con el susto al sagrado de su fè, viò, q̄ con ademanes de alegria meneando las colas le iban conduciendo por la espesura, hasta dexarle en campo descubierto, y seguro. Confuso el hombre, y admirado del suceso, diò cuenta à los moradores de su Pueblo, llamado Cotanelo, diciendo, como aquel Varon de Dios tenia virtud especial contra los lobos, plaga formidable, que tenia atemorizada toda la comarca. Determinaron pedir al Santo los librasse de aquellas fieras, que les tenian destruidos sus ganados, muertos sus

*Nota*

sus pastores, y aun dentro de sus casas vivian de su crueldad mal seguros. Compadiòse el Santo de su trabajo, y conociendo ser aquella plaga, y otra que padecian muy frequente de apedrearfeles los frutos, castigo de culpas; procurò con blandura persuadirlos à que de parte de Dios les ofrecia cessaria el açote, como ellos hiziesen penitencia de sus pecados. Predicòles cò esta ocasion cò zelo Apostolico contra la fealdad de los vicios, con tan felizes afectos, que evitò los escandalos, y plantò muchas virtudes. Pronosticòles, que si atentos à la luz de la verdad se conservassen en el tanto temor de Dios, no tenian de que ni porque temer à los lobos, como lo tocarian por la experiencia; pero que esta misma les daria à entender con duplicada plaga ser castigo de sus culpas escandalosas la invasion de los lobos, y la perdicion de los frutos. El miedo, y el interès, fueron los frenos, que detuvieron su desbocada malicia, y la experiencia los firmò mas en la enmienda. Agradecidos à tan singular beneficio, ofrecieron dár de limosna todos los años al Convento algunas cantaras de azeyte para el abasto de las lamparas. Y es cosa aun oy maravillosa, que si en aquellos Pueblos ay pecados publicos, y escandalosos, son como cebo, que llama los lobos à su termino, y las tempestades; y es el daño que hazen tanto, que no dà lugar à que se dude, que son culpas quien llama estas plagas; con que ostigados del horror, y del castigo, tratan de la correccion con publicas, y exemplares penitencias.

Vno de los perfonages, que se reduxeron à mejor vida por la predicacion del Santo, fuè vn Juan de Velita, hombre yà de edad madura, y muy grueso, calidades que le hazian molestisima la subida al Convento, q̄ deseava frequentar mucho por la consolacion

que en el hallaba, para radicarfe mas en los desengaños, y mejoras de la vida. Vn dia, entre otros, que llegò muy cansado à la presençia de el siervo de Dios, con quien tenia estrecha familiaridad, le dixo: Padre, yo estoy tan viejo, y tan pesado, que se me haze intolerable subir esta cuesta; y no es solo mio este sentimiento, que muchos desean, que dexes este sitio por otro mas cercano al Pueblo, donde con mas frequècia podamos todos gozar de tu doctrina, y ensenança. No te enbarace tu pobreza, que como tu te determines à dexar este sitio, yo tomare à cuenta mia la fabrica del Convento. Yo te doy palabra dixo el Santo risueno, de admitir otra morada, no mas lexos de tu lugar, que à la distancia que puede vn muchacho arrojar vn tizon encendido. Aunque estrañò el hombre la novedad de las circunstancias, admitiò la promessa, suspendiendo el discurso, pero cierto à su parecer, de que siempre el Convento quedaria à muy corta distancia, y en sitio conveniente.

Tomòle, pues, la palabra, y baxando con el del Monte, puesto à las puertas de la poblacion, llamò à vn muchacho de edad de nueve à diez años, y pusole vn tizon encendido en la mano, y dixole, que tirasse àzia la parte que el Santo le mandasse. Tirò el muchacho el tizon cò pujança tan maravillosa, y tan agena, no solo de su niñez, sino de la fuerça del jayan mas robusto, que le puso en vn montecillo, que estava de frente, distante mas de vna milla. Estaba el sitio, donde cayò el tizon, lleno de maleza, q̄ encendiò la lumbre del tizon, dexando à poco rato vn sitio descubierto, y capaz, señalado con las cenizas, para vn Convento; y al punto se apagò el fuego, porque no se dudasse aver sido sus llamas como dedo indize de la voluntad divina. Este montecillo era possession

pro-

*Nota*